

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

UNOS ROBOS
MUY BOBOS



RBA

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

UNOS ROBOS
MUY BOBOS

RBA

Cualquier parecido con los hasta ahora amigos, vecinos, familiares o conocidos de la autora es de agradecer pura inspiración casualidad.

© del texto: Begoña Oro, 2019
© de las ilustraciones: Roger Zanni, 2019
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Diseño: Compañía

Primera edición: mayo de 2019.

RBA MOLINO
Ref.: ODBO494
ISBN: 978-84-272-3139-9

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Composición digital: www.acatia.es

*A Pablo Artal, que ha crecido con este vecindario
y que me robó el corazón con su presentación.*



ADIÓS PATINETE

No soy tonta. Sé que mi hermano Hugo dice cosas de mí. No muy buenas. Por ejemplo, que parezco la niña de *El exorcista* cuando me enfado.

Bueno, vale. Puede que tenga un poco de razón.

Cuando me enfado, me enfado.

El resto del tiempo soy adorable.

Claro que cuando empieza esta historia, igual no estaba siendo adorable.

Igual, justo en ese momento, mi cuerpo estaba sufriendo algunas pequeñas mutaciones:

- ojos a punto de convertirse en pelotas de baloncesto,
- agujeros de la nariz transformándose en cráteres de volcán,



• vena del cuello palpitante
mutando a boa constrictor...

Y todo por culpa de mi
hermano y sus amiguitos.
O eso pensé.

Yo había dejado aparcado
el patinete en la puerta
de La Pera, 24. Enfrente
del portal.

No lo había subido a casa porque era
un rollo cargar con él. Siempre me
golpeaba la pierna al subir el
escalón. Tenía en el tobillo un
morado más permanente que un rotulador (perma-
nente) de tanto golpe.

Y total, iba a bajar en un momento.

Además, en el portal vi a Enrique, el vecino del 5.º.
Estaba a punto de coger el ascensor y tenía prisa. Casi
se va sin mí.

—¡Espera! —le grité.

Mientras subíamos Enrique se excusó por no ha-
berme esperado. Que no me había visto, dijo, aunque
para mí que me vio y que pasaba de esperarme. Y eso
que es majo. Pero es que, luego me contó, Laura, su

hija, estaba a punto de llegar a casa y quería preparar-le un zumo antes de que llegara.

—Y limpiar el cacharro —dijo, como quien dice «y-subir-al-Everest-haciendo-el-pino-sujetando-una-bola-con-los-pies».

—¿Tanto se tarda? —le pregunté yo.

Él no contestó ni que sí ni que no. Solo dijo:

—No dejes que nadie os regale una licuadora. Díse-lo a tus padres de mi parte.

Total, que seguro que si me entretengo cargando con el patinete, Enrique no me habría esperado.

Además, ¿quién se iba a llevar mi patinete, con lo cochambroso que estaba?

A eso aún no tenía respuesta pero lo que me quedó claro cuando bajé fue que alguien se lo había llevado.

Había

DESAPARECIDO.





DESAPARECIDO

En el fondo, casi me gusta que pasen cosas.

No me puedo quejar. En La Pera, 24, nuestra casa, pasan cosas bastante a menudo. Pequeños, y no tan pequeños, misterios. A mi hermano Hugo y a mí nos encanta resolverlos.

Al principio pensé que este misterio no duraría demasiado. En cuanto vi aparecer a Hugo, Fran y Alberto. Los PisaColaGatos al completo.

Ya, no creas que ese nombre lamentable se lo he puesto yo. Para mí son «Los Merluzos». Pero «Los PisaColaGatos» es el penoso nombre con el que Hugo, Fran y Alberto saltaron a, ejem, la «fama» cuando crearon un grupo de lo que ellos llaman, ejem,



«música» que subió dos vídeos a cual más patético en YouTube.

Igual tendría que contarte algo más sobre Fran y Alberto, algo que tiene que ver conmigo y una carta de, ejem, «amor», pero ahora no quiero ni recordarlo.*

El caso es que los tres subían del garaje. Fran y Hugo se partían de risa.

Qué casualidad. Justo un minuto después de que mi patinete desapareciera.

* Eso que prefiero no recordar ya lo conté en *Salseo a la carta* y no pienso decir una palabra más al respecto.

—¿Dónde lo habéis metido??

—¿El qué? —preguntó Hugo. Todavía se reía.

—Lo sabes perfectamente —le dije yo—. No te hagas el tonto.

Y seguía riéndose el merluzo tarugo tontorrino.

—¡La cara que has puesto, Alberto! —dijo.

Alberto no se reía.

Se ve que la gracia era que a Alberto se le había cruzado el gatito que ronda por el garaje y había reaccionado como si se le hubiera cruzado un jaguar muerto de hambre.

—Tenías que haberlo visto, Olivia
—dijo Fran.

Pero yo no estaba para tonterías.

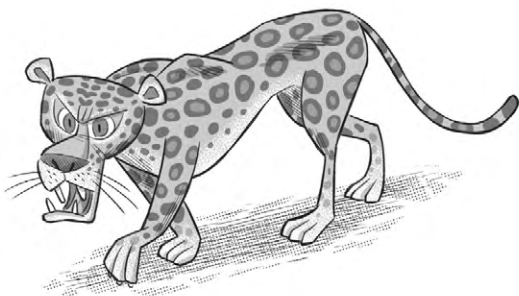
—¿Dónde lo habéis metido? Está claro que no se ha perdido solo.

—¿El qué? ¿Tu sentido del humor? —dijo Hugo.

Ja, ja. Qué gracioso. (NO.)

ALERTA «NIÑA DE EL EXORCISTA».

Para entonces, mis agujeros de la nariz se acercaban al tamaño de Australia y mi paciencia, al tamaño de un piojo.



—DÓN-DE-ES-TÁ-MI-PA-TI-NE-TE.

Por fin, los tres merluzos se dieron cuenta de que no estaba para bromitas.

—¿Tu... tu... tu patinete? —preguntó Alberto.

—Ni idea —respondió Hugo a todo correr.

Miré a Fran.

—A mí no me mires. Yo no he visto tu patinete.

Miré a Alberto.

—Ni yo —susurró—. De verdad.

Podían estar mintiendo pero:

a) Ninguno tenía un morado a la altura del tobillo.

b) Me tienen miedo.

c) Mienten fatal y yo se lo

NOTARÍA.



NOTARÍA

Estuve buscando en el garaje, por si acaso me habían
querido gastar una broma.

Miré bien en el portal.

En los alrededores.

Pero no había ni rastro de mi patinete.

Cuando subí a casa, encima me cayó la bronca.

—Pero ¿tanto te costaba subir el patinete? —me echó en cara mi madre—. ¡Encima de que estaba como nuevo!

¿Como nuevo? **¿¿Como nuevo??**

A ver, que yo le tenía mucho cariño y estaba enfadadísima porque alguien lo hubiera cogido, pero ¿nuevo? Mi patinete se fabricó más o menos al año siguien-

te del invento de la rueda. Estaba hecho polvo, todo rayado y metía un ruido que, en vez de un patinete, parecía un sonajero.

Pero para mi madre estaba «como nuevo».

—¡Desde luego...! —siguió quejándose—. ¡Y aún querías que te comprara otro patinete! ¡Pero si lo ibas a perder al día siguiente!

—¡Sí, hombre! ¡Encima tendré yo la culpa de que me lo hayan robado!

—¡Igual que tu hermano! ¡No tenéis el menor sentido de...!

Y ahí mi hermano, mi madre y yo dijimos a coro su palabra favorita:

«la responsabilidad».

—Eso —dijo mi madre.

A mí lo que más me molestó de todo fue que me comparara con el pedazo de alcorcho de mi hermano.

Ya me veía venir una charla de dos horas sobre «El Sentido de la Responsabilidad».

Debía de ser la Tarde de las Broncas, porque desde el piso de abajo, nos llegó la voz del padre de Fran, que gritaba:

—¡Cuántas veces os tengo que decir que recojáis el cuarto! ¡Porque ya ha pasado el de la recogida de



trastos! ¡Si no, lo tiro todo!

¡Lo tiro todo por la ventana!

—¿Ves, mamá? Al menos yo soy ordenada.

Pero mi madre siguió echándonos la bronca y soltando el rollo de La Responsabilidad.

Por suerte, vino mi padre y cambió de tema. Entró en casa al grito de:

—¡Noticias! ¡Traigo noticias!

—Vaya —dijo mi madre—, ¿y no traes el patinete de **tu hija**, que **«lo ha perdido»**?

Mi madre, a ratos, finge que no es mi madre.

Mi padre no le dio mucha importancia y siguió a lo suyo: las «noticias». Mi padre habla mucho de Alicia, la vecina del 2.º B, que si es una chismosa, que si está todo el día salseando, pero él sí que es un cotilla profesional. Y mi hermano Hugo, otro que tal.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó Hugo.

—¡Van a abrir una notaría!

—¿Dónde?

—En el 1.º A.

El 1.º A de La Pera, 24, ahora mismo está vacío. Por el momento.

—¿Y eso qué es? —preguntó el zopenco de mi hermano un poco preocupado—. ¿Un sitio donde ponen notas?

Luego se le puso sonrisa de zopenco iluminado y dijo:

—¡No! ¡Ya sé! ¡Un sitio para dar la nota! ¡Juas, juas, juas!

—Para eso ya te tenemos a ti y a tus amigos merluzos —dije yo.

Mi padre se puso en plan profesor:

—A ver, una notaría es un sitio donde trabaja un notario.

Hasta mi perrita Troya llegaba a eso, claro que mi perrita es listísima.

—El notario...

—O la notaria —añadió mi madre.

—... es el que confirma...

—O la que confirma —dijimos mamá y yo a la vez.

—... que un documento importante está bien hecho: la compra de una casa, un testamento...

—El que cobra una pasta por firmar un papelito, vaya —dijo mi madre.



—O la que cobra —añadió mi padre, y luego se llevó la mano a la frente y lloriqueó—: En fin. Ya veo que estoy solo en esto de ofrecer a mis hijos una visión educativa del mundo del Derecho.

Mi padre será educativo, sí, pero cotilla y *drama queen*, también.

—Y tú ¿cómo te has enterado de lo de la notaría?
—quiso saber mi madre.

—A ver, aún no es seguro. Pero lo están mirando. Me lo ha contado Chema. He subido en el ascensor con él y la Chollos.

—Charo —dijo mi madre con cara de «a ver quién es educativo ahora».

Charo es la mujer de Chema, que es el presidente de la comunidad. Charo es la reina de los chollos. Cuéntale que has comprado un chicle por un céntimo y ella te dirá dónde compró por ese mismo precio un pack de 5 con un chupachups de tres sabores de regalo (el tercer sabor, también de regalo).

—Chema se estaba quejando de que les había desaparecido una manta eléctrica —siguió contando mi padre—. Era una que habían comprado con el 70 % de descuento, dijo la Chollos. Y ahora tendrían que comprar otra, que menos mal que había visto una oferta, un 2x1. Por cierto, podríamos comprarla con ella y nos quedamos una nosotros para tus dolores de espalda...

—¿Y lo de la notaría? —preguntó mi madre, pasando olímpicamente de lo de la manta eléctrica.

—Ah, eso. Pues que, al hilo de lo del robo de la manta eléctrica, Chema comentó que menos mal que ahora iba a llegar alguien «de orden» a la comunidad. Ya sabes cómo es... Y dijo lo de que igual instalaban una notaría en el piso vacío.

Y mis padres se quedaron hablando de si pegaba o no pegaba una notaría en La Pera, 24. Pero se les

pasó lo más importante de la conversación. La verdadera noticia.

Y no tenía nada que ver con la notaría.

La auténtica noticia era que en La Pera, 24,
acababan de suceder

DOS ROBOS.